

HABITAR EL TIEMPO. BREVES CONSIDERACIONES SOBRE EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN

INHABIT TIME. BRIEF CONSIDERATIONS ON CARING FOR THE COMMON HOME

Maximiliano Yáñez¹

Universidad San Sebastián, Concepción, Chile.

<https://orcid.org/0009-0002-0371-2866>

Recibido: 14.03.2024
Aceptado: 10.06.2024

<https://doi.org/10.21703/2735-634520242622769>

Resumen

En la encíclica *Laudato si'* (2015) se realiza un diagnóstico sobre los principales problemas ecológicos a los cuales nos enfrentamos hoy en día, haciendo un llamado a cuidar nuestra casa común. ¿Pero cómo debemos cuidarla? En el presente artículo, mostraremos la importancia de *habitar el tiempo* a la hora de querer enfrentarnos a la crisis ecológica. Específicamente reflexionaremos sobre cómo al hacernos conscientes de la influencia del tiempo en nuestro día a día podemos adoptar una vida más acorde con el mundo que nos rodea, y sobre todo con Dios. De este modo, si bien, la relación entre el tiempo y Dios está muy presente en la historia del pensamiento occidental, por ejemplo, en San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Newton, Leibniz, Levinas, por mencionar sólo algunos, su relación con el medio ambiente no es tan evidente, ni tampoco una línea de argumentación común. Por este motivo, en el presente artículo intentaremos mostrar la relevancia que tiene comprender la naturaleza del tiempo a la hora de querer establecer soluciones a la cuestión ecológica.

Palabras clave: Tiempo, eternidad, ecología, hábitos ecológicos.

Abstract

In the encyclical *Laudato si'* (2015) a diagnosis is made of the main ecological problems we face today, calling to take care of our common home. But how should we take care of it? In this article, we will show the importance of *inhabiting time* when trying to face the ecological crisis. Specifically, we will reflect on how by becoming aware of the influence of time in our daily lives we can adopt a life more in line with the world around us, and above all with God. In this way, although the relationship between time and God is very present in the history of Western thought, for example, in Saint Augustine, Saint Thomas Aquinas, Newton, Leibniz, Levinas, to name just a few, their relationship with the environment is not so obvious, nor is it a common line of argument. For this reason, in this article we will try to show the importance of understanding the nature of time when trying to establish solutions to the ecological issue.

Keywords: Time, eternity, ecology, ecological habits.

¹ Magíster en Doctrina Social de la Iglesia por la Universidad San Sebastián. Licenciado en Educación y licenciado en filosofía por la Universidad de los Andes. Docente de la Universidad San Sebastián. Correo electrónico: maximiliano.yanez@uss.cl

1. Introducción

Al escuchar la palabra «ecología» generalmente pensamos exclusivamente en la protección de la flora y fauna de nuestro planeta. No obstante, es algo más compleja la cuestión, debido a que ésta guarda relación con todo el entorno que habitamos, no es sólo una reflexión sobre la esencia del medio ambiente, más bien ésta “estudia las relaciones entre los organismos vivientes y el ambiente donde se desarrollan”². En otras palabras, un verdadero estudio ecológico es siempre integral, es decir, una reflexión sobre un ser vivo que necesita relacionarse con su ambiente para desarrollarse. Entender esto es importante pues no podemos recurrir a soluciones que no consideren el panorama en su conjunto. El cuidado de los bosques, los ríos, las montañas, los lagos o la diversa fauna presente en la naturaleza se puede llevar a cabo sólo si entendemos su condición de dependencia con el resto de la Creación. Es más, por eso podemos hablar de múltiples ecologías, verbigracia, ecología ambiental, ecología social, ecología cultural, ecología integral, ecología humana, ecología económica, entre otras, debido a que cada una de ellas indica cierta relación entre las creaturas del mundo. Habitamos y nos situamos en un entramado de relaciones, sin las cuales no podemos desarrollarnos hacia nuestra plenitud. En este sentido, la existencia de una crisis ecológica implica siempre una ruptura entre diversas formas de vincularnos con nuestro entorno. Por lo tanto, el punto de partida de toda reflexión ecológica debe centrarse en el quiebre entre la persona humana y el resto de la realidad.

En el presente artículo, teniendo como referencia los criterios de discernimiento presentes en la Doctrina Social de la Iglesia (DSI), pretendemos indagar en las causas del problema ecológico, y asimismo proponer una posible vía para restablecer una relación armónica con el resto de la Creación. Ahora bien, sabemos que abunda la literatura sobre las causas del problema ecológico, y asimismo en torno a las posibles soluciones³. No obstante, creemos que buscar una alternativa a la crisis ecológica asumiendo la perspectiva del tiempo no es tan habitual, a pesar de estar contenida dicha idea en la DSI. Específicamente en la teología moral hecha magisterio del Papa Francisco podemos apreciar claramente una reflexión sobre el tiempo, la cual puede ser desarrollada e interpretada, tanto desde un enfoque teológico como filosófico.

De este modo, lo que intentaremos mostrar es la importancia de *habitar el tiempo*, para así dejar de centrarnos en un dominio despótico del espacio. Para lograr esto, dividiremos la exposición en tres partes. En primer lugar, mostraremos cómo se ha desarrollado a grandes rasgos la reflexión ecológica en la DSI alcanzando su pleno desarrollo en la carta encíclica *Laudato si'*. En segundo lugar, reconoceremos en la filosofía de San Agustín al acto creador de Dios como el fundamento del orden natural, y así se hará evidente la necesidad de ordenar a todas las creaturas hacia su creador. Por último, propondremos como posible solución modificar nuestros *hábitos ecológicos*, lo que implica aprender a *habitar el tiempo*.

² FRANCISCO, *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común, Ediciones UC, Santiago 2015, 138. En adelante *LS*.

³ Cf. L. BOFF, *Ecología: Grito de la tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid 1996. R. SCRUTON, *Filosofía Verde. Cómo reflexionar seriamente sobre el planeta*, Homo Legens, Madrid 2021. J. GAFO (ed.), *Ética y ecología*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1991. H. J. McCLOSKEY, *Ética y política de la ecología*, Fondo de Cultura Económica, México 1988. C. MASSINI (comp.), *Ecología y filosofía*, Edium, Mendoza 1993. A. VERGARA – M. MENA – F. BUITRAGO – H. RIVERA – A. QUEVEDO – J. S. TORRES – S. ROLDÁN – J. E. SANTAMARÍA – G. VÁSQUEZ, *Teología y Casa Común: reflexiones teológicas en torno a la cuestión ecológica*, Ediciones USTA, Bogotá 2022.

2. Estado de la cuestión en la DSI

El problema ecológico no es nuevo, ya desde los inicios del pensamiento cristiano está presente. En el Génesis nos encontramos con uno de los fundamentos de una ecología cristiana, a saber, “tomó, pues, Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase” (Gen. 2,15). Aquí, ya se manifiesta una relación recíproca entre nosotros y el ambiente, pues de él obtenemos los bienes por medio de nuestro trabajo, pero al mismo tiempo debemos cuidarlo, manifestando ya en el inicio de las Sagradas Escrituras ciertos derechos y deberes con el mundo circundante. Asimismo, “Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que tenga autoridad sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, sobre los animales del campo, las fieras salvajes y los reptiles que se arrastraban por el suelo” (Gen. 1, 26), mostrando de este modo cierta jerarquía sobre las demás creaturas, y con ello una mayor responsabilidad en la obra del Creador. Estas ideas las podemos observar en las reflexiones de León XIII⁴, Pío XI⁵ y Juan XXIII⁶, sólo por mencionar a algunos, cuando buscan defender la función social de la propiedad, pues, aunque ésta sea privada debe beneficiar a todos. Si bien, este modo de abordar el problema está en mayor medida relacionado con la cuestión obrera y la existencia de la propiedad privada, no hay que perder de vista los principios por los cuales se sostiene el argumento, es decir, Dios entregó todo en común a los hombres para que ellos lo cuidaran y utilizaran en beneficio de la comunidad. Siguiendo esta misma lógica, podríamos afirmar que el ecosistema en el cual habitamos es responsabilidad de todos, y el problema surge cuando no seguimos este principio. De este modo, en los inicios de la DSI podemos apreciar ciertos límites morales que determinan nuestras relaciones con el resto de los seres del mundo.

Posteriormente, Juan Pablo II contribuirá enormemente en el desarrollo del problema, al menos en el sentido tradicional de la discusión, explicitando la importancia de tener un trato adecuado con el medio ambiente. Por ejemplo, al hablar del carácter moral del desarrollo en *Sollicitudo Rei Socialis* afirma que hay tres consideraciones que debemos hacer⁷. En primer lugar, hace un llamado a reconocer la naturaleza de cada ser, y no reducir a los seres vivos o inanimados a las exigencias económicas del mercado. En segundo lugar, nos alienta a limitar el uso de los recursos naturales, pues usarlos como si fueran inagotables pone en riesgo a las generaciones futuras. En tercer lugar, debemos tener cuidado con las consecuencias de la industrialización, la cual termina contaminando nuestro ambiente. Todas estas consideraciones son de carácter moral, en las cuales se nos presentan límites que no se pueden transgredir, pues nuestro dominio sobre el mundo no es absoluto. En la misma línea, Benedicto XVI en *Caritas Veritate* profundiza sobre los efectos de nuestro trato con el entorno. Afirma lo siguiente:

“El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa. Esto exige que la sociedad actual revise seriamente su estilo de vida

⁴ Cf. LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, sobre la situación de los obreros, https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum.html, citado 28 de mayo 2024, 6-7.

⁵ Cf. Pío XI, *Quadragesimo Anno*, sobre la restauración del orden social en perfecta conformidad con la ley evangélica, https://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19310515_quadragesimo-anno.html, citado 28 de mayo 2024, 25.

⁶ Cf. JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, sobre el reciente desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana, https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_15051961_mater.html, citado 28 de mayo 2024, 119.

⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis*, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis.html, citado 28 de mayo 2024, 34.

que, en muchas partes del mundo, tiende al hedonismo y al consumismo, despreocupándose de los daños que de ello se derivan”⁸.

Resulta interesante esta afirmación, pues pone de manifiesto la interdependencia entre todos los seres, la importancia de reconocer a las cosas por lo que son, y la necesidad de cambiar los hábitos que tenemos. Aquí, ya tenemos en nuestra presencia los tres principios que constituyen la base de un pensamiento ecológico cristiano tal como veremos más adelante.

Finalmente, el Papa Francisco continuará con la reflexión ecológica, mostrando ya cierto interés por el problema en *Evangelii Gaudium*⁹, pero finalmente desarrollando el problema con mayor precisión en *Laudato si'* en donde desarrollará a cabalidad el tema en cuestión. Siguiendo a sus predecesores defenderá que, al olvidarnos de la naturaleza de las cosas, y al desconocer a Dios como fuente de toda verdad, termina nuestra comunidad en un utilitarismo de mercado. En consecuencia,

“no podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador. [...] La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses”¹⁰.

Una vez reconocida la causa primera, resulta necesario aceptar que toda la realidad nos ha sido dada, por lo tanto, no tenemos un dominio absoluto sobre ella, sino un dominio determinado por los grados de perfección de toda creatura. En otras palabras, al hombre le ha sido dada la creación para servirse de ella, pero no despóticamente, pues hay un orden cuyo fundamento no está en nosotros, sino en nuestro creador. “Dios los bendijo, diciéndoles: Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Tengan autoridad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra” (Gen. 1, 28). Aquí vale la pena recordar la aclaración hecha por el mismo Francisco en cuanto al concepto «dominar», pues se ha mal interpretado en diversas oportunidades esto como equivalente a un abuso de los recursos naturales. Sin embargo, este «dominar» es más bien una administración de la naturaleza. No es hacer lo que queramos con nuestro entorno, sino convivir con él, y saber cuándo utilizar los recursos que nos ofrece. Obrar con prudencia es el modo de dominar la creación, y asimismo es la manera en que perfeccionamos nuestra naturaleza. Así, «dominar» la tierra es inseparable de «cuidar» la tierra, siendo el dominio un cuidado responsable de nuestro entorno, el cual lo necesitamos tanto como él requiere de nosotros. De este modo, hay una reciprocidad entre nosotros y la naturaleza, y al presentar nosotros un mayor grado de perfección es necesario que seamos administradores de ésta, pero sin dejar de reconocer su valor¹¹. Por eso:

“sería equivocado pensar que los demás seres vivos deban ser considerados como meros objetos sometidos a la arbitraria dominación humana. Cuando se propone una visión de la naturaleza únicamente como objeto de provecho y de interés, esto también tiene

⁸ BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate*, Ediciones UC, Santiago 2009, 51.

⁹ Cf. FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium, sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual*, Ediciones UC, Santiago 2013, 215. En adelante *EG*.

¹⁰ LS, 75.

¹¹ Cf. LS, 67.

serias consecuencias en la sociedad. La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo”¹².

En consecuencia, reconocer lo que las cosas son, nos ayuda a ordenar la realidad, y junto a ello actuar virtuosamente. De esto se olvidan hoy en día los movimientos ambientalistas, a saber, del valor de las cosas y de las personas. Pueden realizar mil marchas o propuestas en contra de las catástrofes ambientales, pero todas ellas serán estériles si no entendemos que toda la creación está ordenada hacia Dios. “Del señor es la tierra y lo que contiene, el mundo y todos sus habitantes; pues él la edificó sobre los mares, y la puso arriba de las aguas” (Salm. 24, 1-2). En este orden natural nuestro papel no es más que administrar las cosas para que cada una de ellas alcance su plenitud. Así, la DSI nos enseña que el principio de una solución está en alabar a Dios “porque un ser humano que pretende ocupar el lugar de Dios se convierte en el peor peligro para sí mismo”¹³, y para el resto del mundo.

3. Origen del problema ecológico

En las discusiones contemporáneas se suelen identificar tres modos de abordar el problema ecológico¹⁴. Por un lado, está el antropocentrismo tecnocrático, el cual postula que mediante el progreso científico podemos emanciparnos de la naturaleza convirtiéndose ésta en un conjunto de cosas que pueden ser explotadas sin consecuencias. Por otro lado, podemos identificar a la ecología profunda o *Deep ecology*, cuya defensa al medio ambiente se basa en un reconocimiento de la naturaleza como portadora de derechos. De este modo, una planta o un animal tendrían los mismos derechos que una persona, lo que implica que debemos tratarlos como nuestros iguales. Estos modos de enfrentarse al problema han sido abordados desde varias perspectivas como la económica, sociológica o política, pero nos parece que tales análisis no son capaces de dar soluciones satisfactorias, pues no entienden dónde se origina el problema. En este sentido, nos parece necesario recurrir a un tercer modo de entender la ecología, en el cual en primer lugar se aborde el problema desde una perspectiva teológica, en la cual Dios vuelva ocupar un papel central dentro de la reflexión, pues el origen del problema se da en la ruptura entre Dios, los hombres y el mundo. Si no reconocemos la relación entre Dios y el resto de las creaturas no sólo se deteriora el planeta, sino que también nuestra interioridad. La vida íntima de cada uno adquiere su valor cuando se comprende la comunión entre Dios y todas sus creaturas, de modo que, sin tal reconocimiento, el corazón del hombre se ve expuesto a tres rupturas, de las cuales nacen todos nuestros pecados. Expliquemos brevemente estas tres rupturas.

En primer lugar, está el mundo, el cual se compone de la tierra y todas sus criaturas. Aquí, el quiebre se genera cuando nos olvidamos del valor que tienen todos los seres en sí mismos. Hay una ruptura entre las creaturas y la Creación. Los lagos, los ríos, los bosques, las montañas, los animales, en suma, toda la naturaleza que nos rodea no es respetada por lo que es porque no sabemos lo que realmente es. Hemos olvidado el valor ontológico de las cosas, de modo que nuestra relación con ellas se reduce al mero contacto material. ¿Y por qué tengo que cuidar

¹² LS, 82.

¹³ FRANCISCO, *Exhortación apostólica Laudate Deum. A todas las personas de buena voluntad, sobre la crisis climática*, Ediciones UC, s/l 2024, 73.

¹⁴ Véase J. PEÑA, *La conjunción una clave antropológica. Unidualidad de la condición humana*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago 2023, 253-276.

algo que sólo es un pedazo de materia? ¿No se reduce lo material a la utilidad que nos reporta de modo que mi trato con ello debe ser sólo utilitario? ¿Tienen algún valor intrínseco las cosas cuando eliminamos toda dimensión metafísica de la ecuación? La única consideración que podemos hacer de un mundo completamente cosificado es la reducción de todo objeto a la utilidad. Así, la flora y fauna de nuestro planeta se convierten en lo útil, de modo que podemos hacer con ello lo que queramos en cuanto nos reporte algún beneficio.

Luego, en segundo lugar, hay una ruptura en el trato entre los hombres, pues si seguimos con la misma línea de razonamiento, al igual como vemos en la naturaleza simplemente un gran cúmulo de materia, las personas no tendrían por qué ser algo más que eso, ¿o sí? ¿Podemos reconocernos como más que una máquina biológica sumamente compleja? De este modo, no puede haber un reconocimiento de la dignidad humana en una visión materialista de la realidad. Asimismo, nos cuesta reconocer nuestra dimensión espiritual, reduciendo nuestras acciones a la lógica del costo-beneficio. Las consecuencias de esta concepción antropológica son graves, puesto que, si la persona humana se mueve sólo por los beneficios que puede obtener del mundo externo, se reduce su condición a la de un animal, y junto a ello los vínculos sociales se vuelven dispensables para nuestro desarrollo personal. La sociedad se convierte sólo en un lugar de reunión para la supervivencia, ya que todo diálogo en el cual desarrollemos nuestra espiritualidad es eliminado por la lógica utilitarista, o al menos, se desvirtúa. Ésta es una de las razones por las cuales podríamos explicar el fuerte individualismo presente en nuestros días. Sin la existencia de lazos profundos que nos unan, sólo queda reconocer nuestros intereses personales como lo único que vale la pena defender. Esto crea un gran problema, pues “cuando hablamos de cuidar la casa común que es el planeta, acudimos a ese mínimo de conciencia universal y de preocupación por el cuidado mutuo que todavía puede quedar en las personas”¹⁵, lo cual no es posible si no consideramos a las personas como fin en sí mismo.

De aquí nace la tercera ruptura, a saber, con Dios. La consecuencia de nuestra reducción a lo material, junto al profundo vacío espiritual que atravesamos, termina en una rebelión contra Dios. Lo hemos negado o, lo que es peor, lo hemos tratado de remplazar por nosotros mismos. Un ejemplo de ello, lo hallamos en la famosa muerte de Dios proclamada por Nietzsche, la cual no es más que un intento de acabar con los valores trascendentes para ser reemplazados por nuestra propia escala de valores. La negación de Dios nos obliga a buscar el fundamento de todo orden natural en nosotros mismos. Aquí el hombre se cree dueño de la realidad que le ha sido dada. Pero, si la naturaleza no es producto de nuestra acción, sino que se nos presenta como dada, ¿qué derecho tenemos nosotros a proclamarnos dueños de ella?

Estas tres rupturas son la base del *antropocentrismo moderno*, propio de nuestra época, el cual se caracteriza por ser una negación de lo real, y con ello una negación de la propia persona humana. La consecuencia de esta visión materialista de la realidad es el auge de una crisis ecológica, que a estas alturas parece ser irreversible. Ahora bien, si efectivamente ésta es la raíz del problema, también es el principio de una posible solución. Volver a un *equilibrio ecológico* implica en primer lugar reconocer a Dios como la fuente de toda verdad, pues es en este reconocimiento en donde empezamos a comprender y ordenar toda la realidad según lo que ésta es. Debemos recordar, que:

“la fe, además, revelándonos el amor de Dios, nos hace respetar más la naturaleza, pues nos hace reconocer en ella una gramática escrita por él y una morada que nos ha confiado para cultivarla y salvaguardarla; nos invita a buscar modelos de desarrollo que

¹⁵ FRANCISCO, *Fratelli tutti, sobre la fraternidad y amistad social*, Ediciones UC, Santiago 2020, 117.

no se basen sólo en la utilidad y el provecho, sino que consideren la creación como un don del que todos somos deudores; nos enseña a identificar formas de gobierno justas, reconociendo que la autoridad viene de Dios para estar al servicio del bien común”¹⁶.

De este modo, tenemos dos opciones. Por un lado, podemos negar la existencia de Dios aceptando así una concepción materialista de la realidad, lo que nos llevaría a un antropocentrismo tecnocrático centrado en una visión utilitarista del mundo, o una ecología profunda que no reconoce una diferenciación entre los diversos grados de vida. Por otro lado, podríamos aceptar la existencia de Dios lo que implica realizar una reflexión metafísica respecto al mundo que habitamos, y un reconocimiento de nuestra dimensión espiritual. No obstante, cualquiera de las dos vías que queramos seguir implica en primer lugar reflexionar sobre cómo es posible afirmar la grandeza de Dios como principio y fin de toda existencia. De ser esto posible podríamos hallar el vínculo entre Dios, los hombres y el mundo, pues tal relación se comprende mejor al buscar el fundamento del orden natural.

4. El problema de la Creación

Si queremos comprender a Dios como el principio y fin de toda la existencia es necesario remitirse al inicio de las Sagradas Escrituras, a saber, “en el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gen. 1,1). Esta afirmación manifiesta la conexión de Dios con toda la realidad material, y asimismo nuestra dependencia respecto a Él, pues es en el acto creador de Dios en donde se manifiesta la causa de todo el orden material y espiritual, siendo Dios el presente absoluto en el cual se determinan todos los tiempos. Ahondemos un poco en esta idea.

Una de las primeras verdades que se nos presenta en nuestra experiencia cotidiana es que el mundo está compuesto por múltiples objetos materiales. Al mismo tiempo, podemos notar que todas las cosas reciben su existencia de otro, pues las cosas no se dan la existencia a sí mismas. De este modo, al igual como toda obra de arte siempre requiere de un artífice, pues es alguien el que realiza tal obra, todos los seres vivos reciben su existencia de un ser de su misma especie. Ahora bien, si todo lo material siempre es creado por otro nos enfrentamos a dos posibilidades. Por un lado, la materia tendría que ser eterna, debido a que todo lo material proviene de otro, y así tendríamos que remitir las causas hasta el infinito. Por el otro lado, habría que aceptar un comienzo de la existencia material, lo que implica comprender la creación desde la nada. Las Sagradas Escrituras parecen orientarnos hacia la segunda alternativa, ya que “Dios fue quien los hizo de la nada; así apareció la raza humana” (2 Mac. 7, 28). ¿Pero cómo es posible que algo aparezca desde la nada? ¿De dónde Dios sacó el cielo y la tierra, si en los inicios de la creación “todo era confusión y no había nada en la tierra” (Gen. 1, 2)? El problema es que, si las cosas no pueden surgir de la nada, pues en la nada no hay existencia alguna, y, por otra parte, las cosas no se dan la existencia a sí mismas, entonces debe haber una causa de su existencia, la cual sea capaz de crear desde la nada. Además, esta primera causa debe ser eterna e inmutable, pues sino también debería surgir de otro, y por lo tanto no podría ser el origen de todo. La existencia de este primer principio no resulta difícil de explicar, es más en las conocidas cinco vías de Santo Tomás de Aquino¹⁷ podemos ver diversos modos de afirmar la necesidad de una primera causa de todas las cosas. Sin embargo, a pesar de que podemos ubicar a Dios en el origen de la creación como su principio y fundamento, el gran

¹⁶ FRANCISCO, *Lumen Fidei, sobre la Fe*, Ediciones UC, Santiago 2013, 55.

¹⁷ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 2006, 1, q. 2, a. 3.

problema parece ser cómo podemos justificar la creación desde la nada. ¿Acaso todo queda solamente justificado por la omnipotencia de Dios?

San Agustín de Hipona ofrece una solución a la presente dificultad explicando que se requiere de un principio intermedio, una *casi-nada*, para justificar la existencia de lo material desde la pura eternidad. Pero ¿cómo puede haber algo que se encuentre entre el ser y la nada? Ante esta dificultad, San Agustín responde: “estaban invisiblemente y al mismo tiempo todas las cosas”¹⁸, y luego “hiciste el mundo de una materia informe, un casi nada sacado por Ti de la nada, para hacer de ellas las cosas más grandes”¹⁹. En otras palabras, lo que hace Dios es crear las cosas desde la materia prima, la cual es pura potencialidad. Ahora bien, la materia prima no es eterna, ni una parte de Dios pues todas las cosas existen por Dios, “pero no las hizo de Él mismo, porque no son de su misma substancia”²⁰, sino que también tuvo un comienzo siendo así sólo el principio por el cual se pueden determinar el resto de las cosas. Así, esa confusión que existía en comienzo de la creación puede ser entendida como materia indeterminada, la cual requiere ser informada por Dios para poder dar comienzo al mundo. Esta idea es interesante, pues podríamos establecer una relación con las ciencias fisicomatemáticas en cuanto que la ley de conservación de la materia establece que la materia no se crea ni se destruye sólo se transforma, siendo la materia prima aquello que puede ser interpretado como la posibilidad de permanencia detrás de todo lo material. Al mismo tiempo, esta idea establece la necesidad de Dios al inicio de la creación, lo cual no sería contradictorio, sino complementario, con otras ideas científicas modernas como lo es la idea del Big Bang.

En resumen, lo creado desde la nada es una potencialidad capaz de ser actualizada por Dios, pero sin ser de su misma naturaleza. Cabe destacar, que esta potencialidad debe ser necesariamente creada por Dios pues:

“la existencia de una naturaleza que Dios todo poderoso no ha creado, aunque se admita que a partir de ella haya creado este mundo en el que hay un orden perfecto, se estaría negando la omnipotencia de Dios, ya que se seguiría de lo dicho que Dios no habría podido hacer el mundo sin utilizar para ello otra naturaleza anteriormente existente y no hecha por el mismo”²¹.

Por lo tanto, la omnipotencia es el modo de crear desde la nada, sin ella no podemos justificar el origen de las cosas. Ahora bien, el hecho de que la materia prima sea pura potencialidad, y por tanto sea en cierto modo ajena al orden material, no significa que sea coeterna con Dios, pues Él creó la materia informe y al mundo en el mismo instante, pero en distinto orden causal, pues Dios hizo todas las cosas “no en intervalos de tiempo, sino causalmente en un conocimiento ordenado”²². En aquel orden se encuentran todas las creaturas y desde ahí surge la materia, el tiempo y el espacio.

Entender cómo todas las cosas dependen de Dios, y reciben de Él su finalidad, es necesario para poder reestablecer el equilibrio entre Dios, los hombres y el mundo. Ahora bien, el relato

¹⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, “De Trinitate”, en: Obras completas de San Agustín. Tomo V, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1956, 15, 14, 23.

¹⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, Confesiones, Publicaciones CETA, Iquitos 1986, 12, 8, 8.

²⁰ AGUSTÍN DE HIPONA, “De Natura boni”, en: Obras completas de San Agustín. Tomo III, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1949, 27.

²¹ AGUSTÍN DE HIPONA, “De fide et symbolo”, en: Obras completas de San Agustín. Tomo XXXIX, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1988, 2, 2.

²² AGUSTÍN DE HIPONA, “De genesi ad litteram”, en: Obras completas de San Agustín. Tomo XV, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1969, 5, 23, 46.

de la creación, no sólo nos indica la importancia que tiene Dios al ser el fundamento de todas las creaturas, sino que también nos muestra la dependencia que tiene el orden temporal con la eternidad. Dios no sólo creó al mundo y todas sus creaturas, sino que también vinculó a su creación con el tiempo. De este modo, la temporalidad cumple dos funciones dentro del orden de las creaturas. En primer lugar, es condición básica y necesaria de posibilidad para que se desplieguen en el orden de lo real los objetos materiales, ya que éstos siempre se deben dar en un tiempo determinado. En segundo lugar, las personas no sólo se encuentran en el tiempo, producto de su condición material, sino que “Dios creó al hombre a imagen de su propia naturaleza, y para que fuera inmortal” (Sab. 2, 23), por lo que cuentan con una apertura a la realidad que les permite *habitar el tiempo*, y es en esta vivencia temporal en donde finalmente podemos vincularnos con la eternidad. Así, “la vida humana se orienta en su quehacer más cotidiano por el tiempo. La vida humana encierra en sí misma una regulación temporal. Ella tiene su tiempo para trabajar, para comer, para descansar y para divertirse”²³. Dicho de otro modo, la vida humana está plagada de sentido, el cual no puede ser entendido fuera de las exigencias temporales de la existencia humana. La comprensión del vínculo entre *tiempo*, *tiempo vivido* y *eternidad* permitirá poder entender de mejor manera cómo la triada Dios-hombre-mundo puede desarrollarse plenamente al entender la vivencia del tiempo como un habitar.

5. Tiempo y Eternidad

¿Qué es el tiempo? Aristóteles lo define como “número del movimiento según lo anterior y posterior”²⁴, San Agustín como una extensión del espíritu²⁵, Newton habla del “tiempo absoluto, verdadero y matemático”²⁶, Leibniz dice que “el tiempo es el orden de las existencias sucesivas”²⁷, y así podríamos mencionar una serie de otras definiciones al respecto. Ahora bien, todas estas concepciones del tiempo, que hemos mencionado, reflejan ciertas características comunes. Primero, existe una relación entre el tiempo y el movimiento de los cuerpos, debido a que el tiempo sólo se puede dar en aquello que susceptible de cambio. Segundo, no es posible reflexionar sobre el tiempo sin considerar su relación con Dios -en el caso de Aristóteles un primer motor inmóvil-. De este modo, tal como vimos anteriormente, reflexionar sobre el tiempo implica hacerse cargo de la relación entre lo terrenal y lo eterno, en la medida en que lo material nos remite a su fundamento²⁸. No obstante, esta aproximación al problema, a saber, la existencia del mundo y su relación con Dios nos puede ayudar a reconocer la existencia del orden divino, pero no nos ayuda a determinar los criterios por los cuales debemos dirigir nuestras acciones, de modo que se vuelve necesario analizar otras perspectivas que nos puedan proporcionar una mirada integral del problema. De esta manera, aparece la vivencia temporal como un modo de entendernos no sólo como cosas dispersas en el espacio, sino como un modo de familiarizarse con el entorno y así *estar-en-el-mundo*²⁹.

La idea Heideggeriana del *estar-en* puede darnos algunas luces sobre este problema. Cuando afirmamos *estar-en-el-mundo* no hay una referencia a la espacialidad en la que se

²³ M. HEIDEGGER, *El concepto de tiempo (Tratado de 1924)*, Herder, Barcelona 2008, 25.

²⁴ ARISTÓTELES, *Física Libros III-IV*, Editorial Biblos, Buenos Aires 2012, 219b.

²⁵ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones...*, 11, 26, 33.

²⁶ I. NEWTON, *Principios matemáticos de la filosofía natural, I. introducción y Libro 1*, Alianza Editorial, Madrid 1987, 127.

²⁷ G. LEIBNIZ, *Obras filosóficas y científicas, Vol. 18. Correspondencia V*, Editorial Comares, Granada 2016, 349.

²⁸ Para una explicación en detalle sobre la relación entre tiempo, materia y eternidad, véase M. YAÑEZ, *Una nueva breve historia del tiempo*, Altazor, Santiago 2021.

²⁹ Cf. M. HEIDEGGER, *Ser y Tiempo*, Editorial Universitaria, Santiago 2015, 81-87.

mueven los cuerpos, sino más bien al modo en el que la persona humana se relaciona y familiariza con su entorno. En este sentido, “habitar es muy distinto de estar-dentro-de. Habitar es moverse entre las cosas y moverse con familiaridad, como quien conoce muy bien esas cosas, como quien las tiene *presentes*”³⁰. De este modo, en el habitar hay un cierto sentido de pertenencia al punto que “destruir el paisaje, alterarlo hasta volverlo desconocido o ser desterrado de él, es substraernos algo esencial a nuestra identidad. Habitar la tierra es llevar consigo su paisaje”³¹. Nuestros deseos, gustos, preferencias, carácter, costumbres, valores, en suma, todo lo que conforma nuestra identidad, está estrechamente vinculado al significado que le damos al mundo que nos rodea. Del mismo modo, que el mundo es interpretado por nuestra interioridad, nosotros somos afectados por él. Esto en ningún caso quiere decir que no seamos libres y estemos determinados por nuestro ambiente, sino que el sentido que le otorgamos libremente al mundo circundante nos dispone hacia la realidad exterior de una u otra forma. De aquí que sea importante para la ecología desarrollar una reflexión sobre el modo por el cual se desarrolla esa familiarización con el resto de las cosas, pues “el rasgo fundamental del habitar es el cuidar”³². De ahí que “los mortales habitan en la medida en que salvan la tierra”³³. Por lo tanto, el reconocimiento de este concepto en el debate ecológico aporta nuevas luces sobre el sentido de pertenencia y las relaciones significativas que creamos con nuestro entorno. Ahora bien, ¿cómo se relaciona el habitar con el tiempo? O, dicho de otro modo, ¿cómo se puede *habitar el tiempo*?

Respecto a este tipo de relación o vivencia el evangelio nos enseña que todo tiene su momento y su tiempo³⁴, pero ¿cómo saber cuál es el tiempo adecuado para una u otra acción? ¿Ofrece la reflexión sobre la temporalidad alguna regla para guiar nuestros actos hacia su plenitud? En *Evangelii Gaudium* encontramos una regla que nos puede servir como criterio de discernimiento a la hora de dirigir nuestros actos, a saber, “el tiempo es superior al espacio”³⁵.

El tiempo y el espacio son las dimensiones en las que se ordena la vida humana. Por un lado, nuestras vivencias adquieren siempre un carácter temporal en la medida en que nuestra vida sólo puede ser entendida en la estructura pasado-presente-futuro, de la cual nacen las vivencias pasadas, presente y futuras. La primera de éstas la reconocemos gracias a la memoria, en la cual somos capaces de formar una biografía a partir del reconocimiento de las experiencias que ya fueron. Luego, al volvernos conscientes del presente podemos disfrutar de la permanencia valorando lo que se nos presenta. Por último, también vivimos en relación con lo que no es, pero llegará a ser. Aquí solemos obrar en torno a las metas que nos proponemos. Estas tres formas de vivir en el tiempo le van dando un sentido a nuestra vida, siendo el modo en el cual se manifiesta mi individualidad. En este sentido, podríamos afirmar que “la crisis temporal es una crisis identitaria”³⁶, pues todos los actos que conforman lo que somos se manifiestan siempre temporalmente. Por otro lado, también somos seres situados entre las

³⁰ J. RIVERA – M. STUVEN, *Comentario a Ser y Tiempo de Martin Heidegger. Vol. II. Primera sección*, Ediciones UC, Santiago 2010, 40.

³¹ H. GIANNINI, *La metafísica eres tú. Una reflexión ética sobre la intersubjetividad*, Catalonia, Santiago 2012, 67.

³² M. HEIDEGGER, “Bauen Wohnen Denken”, en: *Gesamtausgabe. I. Abteilung: Veröffentlichte Schriften 1910-1976. Band 7 Vorträge und Aufsätze*, Vittorio Klostermann, Frankfurt am Main 2000, 152.

³³ M. HEIDEGGER, “Bauen Wohnen Denken...”, 152.

³⁴ “Todo tiene su momento, y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su tiempo. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar y tiempo de curar; tiempo de destruir y tiempo de edificar; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de lamentarse y tiempo de danzar; tiempo de esparcir las piedras y tiempo de amontonarlas; tiempo de abrazarse y tiempo de separarse; tiempo de buscar y tiempo de perder; tiempo de guardar y tiempo de tirar; tiempo de rasgar y tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar; tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz” (Ecles. 3, 1-8).

³⁵ EG, 222.

³⁶ B. Han, *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Herder, Barcelona 2019, 48.

cosas. De este modo, también desarrollamos una relación espacial con el mundo en cuanto que los objetos que nos rodean no son ajenos a nosotros, sino que son parte de nuestra existencia, y en consecuencia establecemos relaciones que le van dando un sentido a la propia vida.

Ahora bien, a pesar de que ambas dimensiones son parte de nuestros día a día, uno de los problemas a los que nos enfrentamos consiste en la primacía que le damos al espacio sobre el tiempo, pues en nuestra vida cotidiana solemos preocuparnos más de adquirir espacios, que de iniciar procesos. Un ejemplo de ello lo encontramos en la actividad sociopolítica en donde se privilegian “los espacios de poder en lugar de los tiempos de los procesos”³⁷. Asimismo, la lógica del mercado se centra en el presente, en la posesión material, cuya manifestación posee una primacía espacial. De este modo, este afán de ocupar los espacios muchas veces termina por reducir el tiempo al momento presente. Pero debemos aprender a diferenciar entre «vivir en el momento» y «vivir en el tiempo», pues el momento nos pertenece, mientras que el tiempo le pertenece a Dios³⁸. El momento refleja nuestra situación presente, siempre encerrado en sí mismo, empobreciendo nuestras biografías al no poder remitirnos más allá de la inmediatez. Aquí, el presente tiene un carácter paradójico porque por más que nos esforzamos en adueñarnos de los momentos que vivimos, pareciera que nos es imposible permanecer en el *ahora*. El tiempo al estar conformado por una sucesión de *ahoras* posee un carácter dinámico. Luego, lo propio del *ahora* es dejar de ser, dando paso a otro *ahora*. En consecuencia, el momento se ve reflejado en la fugacidad propia del mundo contemporáneo porque no encuentra permanencia en la sucesión del tiempo. Por eso, el presente absoluto sólo puede estar en Dios, mientras que el momento es un cierto presente relativo a la vivencia del sujeto que no permite proyectar su vida más allá de sí mismo. He aquí una de las causas del individualismo materialista. En cambio, al comprender la condición entitativa del tiempo, éste se manifiesta como una realización, una proyección hacia la vida eterna, debido a que pasado-presente-futuro sólo pueden entenderse desde una concepción integral de la vivencia personal. En otras palabras, mientras que el momento centra nuestra atención en el aquí -el ahora-, la vivencia del tiempo está llena de sentido porque nos ayuda a comprender el panorama en su conjunto. De este modo, no sólo la reducción de la vida al espacio es un problema, sino que también la reducción al momento. Por eso la vejez suele tener una sabiduría particular, pues ésta no se caracteriza por una reducción de toda la vida al presente, sino que también adquiere una conciencia de lo que fue y será, de modo que el paso del tiempo no se les presenta como una amenaza, sino como una promesa en la cual esperamos que nuestros esfuerzos a lo largo del tiempo den frutos³⁹. Asimismo, la conciencia sobre la muerte que se hace más y más presente en la vejez “nos recuerda que no somos dueños del tiempo, ni efímeros ni eternos, y nos salva del riesgo de permanecer presos en el laberinto egoísta del momento presente”⁴⁰. La muerte permite enfrentarse a la totalidad de la propia vida, cuestionando su sentido y también dándole uno. En cambio, el momento apunta a lo particular eliminando la conciencia sobre el sentido de la propia vida que sólo puede aparecer en una proyección de nuestras vivencias hacia el futuro, lo que también presupone un reconocimiento de las experiencias pasadas. En la vejez hay una apropiación de la propia muerte, que permite darle un sentido al tiempo al

³⁷ EG, 223.

³⁸ Cf. FRANCISCO, *Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. El dueño del tiempo*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2013/documents/papa-francesco_20131126_tiempo.html, citado 28 de mayo 2024.

³⁹ FRANCISCO, Audiencia general, Catequesis sobre la vejez 16. “Voy a prepararnos un lugar” (cf. Jn 14,2). La vejez, tiempo proyectado hacia el cumplimiento, <https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2022/documents/20220810-udienza-generale.html>, citado 28 de mayo del 2024.

⁴⁰ FRANCISCO, *Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. No somos ni eternos ni efímeros*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2018/documents/papa-francesco-cotidie_20180201_eternos-efimeros.html, citado 28 de mayo 2024.

reconocernos como parte de una tradición. Esta idea es importante, pues el tiempo no sólo le da sentido a nuestra vida, sino que nos une con el prójimo dado que, en la relación entre las personas, el mundo y Dios es donde la vida adquiere su propio sentido. En consecuencia, la vivencia temporal se convierte en un modo de habitar el mundo, encontrándonos con los demás en la tradición, y encontrando en lo común el camino hacia la vida eterna, pues

“la tradición no es transmisión de cosas o de palabras, una colección de cosas muertas. La Tradición es el río vivo que se remonta a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes. El gran río que nos lleva al puerto de la eternidad”⁴¹.

El mismo razonamiento se puede aplicar al dominio despótico ejercido por el hombre sobre la naturaleza, dado que éste es reflejo del dominio espacial, que nace del profundo vacío espiritual que hay en nuestros días. El centrarse en el presente, en lo inmediato, refleja la poca capacidad del hombre para contemplar la realidad, y es en esa falta de contemplación en dónde se origina la aceleración de los ritmos de vida al no podernos detener en lo universal y necesario. Así, el tiempo se ha acelerado a tal punto que ya resulta difícil pensar en los procesos, y visualizar la propia vida en relación con las vivencias pasadas y futuras o, en otras palabras, en relación con la tradición. La lógica de la aceleración social se convierte en una aceleración del ritmo de vida, y de ahí la fragmentación de la vida en momentos aislados, de modo que no hay un sentido o finalidad clara. Esto genera en última instancia que esa inclinación natural que tienen los seres humanos hacia la búsqueda de la verdad sea reemplazada por el consumo, pues sus resultados son inmediatos. Del mismo modo, la tradición y el reconocimiento de la vejez no tienen cabida en una sociedad de mercado, pues el ritmo de éstas disminuye en la medida que nos adentramos en ellas. Esto genera confusión, pues se mal entiende la estabilidad económica con la plena realización. No obstante, debemos tener claro lo siguiente: “Quien intenta vivir con más rapidez, también acaba muriendo más rápido. La experiencia de la duración, y no el número de vivencias, hace que una vida sea plena. Una sucesión veloz de acontecimientos no da lugar a ninguna duración”⁴². He aquí la importancia de familiarizarse con el tiempo buscando la permanencia dentro de las vivencias que reconocemos en él. De aquí que éste se pueda habitar, y asimismo constituya una vía para desarrollar una serie de hábitos que sean acordes a la persona humana.

Bajo esta lógica podemos entender de mejor manera el llamado del Papa Francisco a desarrollar *hábitos ecológicos* que nos ayuden a relacionarnos con nuestro entorno, para así poder ordenar toda la creación hacia su creador. Pero ¿cuál serían las características de estos hábitos? En primer lugar, al ser éstos un modo de acercarse a Dios, y ser Él la finalidad de toda existencia, entonces los hábitos que adquirimos están en orden a la felicidad. De este modo, ya que “la felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida”⁴³, tenemos que aprender a limitar los placeres cotidianos, cuyo sello es la inmediatez, por muy necesarios que nos puedan parecer, para poder llevar una vida espiritual que nos reconduzca a lo eterno. El peligro de una vida reducida a los placeres sensibles termina por manifestarse en una negación de los bienes espirituales. Ahora bien, esto no quiere decir que debemos rechazar todos los placeres, sino que debemos aprender a limitarlos. Esto, no es más que “un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin

⁴¹ BENEDICTO XVI, *Audiencia general. La Tradición, comunión en el tiempo*, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2006/documents/hf_ben-xvi_aud_20060426.html, citado 28 de mayo 2024.

⁴² B. Han, *El aroma del tiempo...*, 57.

⁴³ LS, 223.

apegarnos a lo que tenemos ni entristecemos por lo que no poseemos”⁴⁴. La vida feliz se regocija en la simplicidad, en esas pequeñas acciones que llenan nuestra alma. Al comprender esto el medio ambiente se verá completamente beneficiado, pues en este radical cambio de actitud, podremos usar y no abusar de nuestro entorno. Siguiendo la reflexión heideggeriana, “los que habitan, dice Heidegger, reciben y dejan ser a las cosas en su curso espontáneo, no se oponen a ellas, ni tratan de que sean distintas a lo que son, no apuran el día, por ejemplo, no tratan de que el día sea noche y viceversa”⁴⁵. Dicho de otro modo, la familiaridad con el mundo implica un reconocimiento del ser de las cosas, lo que permite al mismo tiempo reconocernos a nosotros mismos como habitantes que no necesitan ejercer un dominio despótico sobre el mundo para alcanzar su plenitud. Al contrario, lo que se requiere es dejar que las cosas sean lo que deben ser.

En segundo lugar, la contemplación se vuelve imprescindible en esta búsqueda de la simplicidad pues tal acto exige detenerse en lo universal y necesario, y al ser su objeto atemporal exige detener el tiempo. De este modo, al ser Dios lo máximamente contemplable, no cabe duda, que la simplicidad nos remite a lo divino. Al mirar dentro de nosotros sólo podemos llegar a Dios. Ahora bien, una formación de este tipo requiere considerar una serie de principios morales que ayuden a ordenar nuestra vida hacia Él. De este modo, el problema ecológico es eminentemente moral y metafísico, y por supuesto también teológico.

El modo de abordar estos problemas es a través de un cambio de vida, el cual requiere que nosotros nos convirtamos en motores del cambio. Éste es el meollo del asunto, a saber, entender la importancia de los hábitos como motor de transformación social. El modo en que somos termina por afectar todas las relaciones que tenemos con el mundo. Por eso, es importante destacar que el cambio no nace sólo de las estructuras estatales sino también de la ciudadanía cuyo deber es exigir los cambios que sean acordes al bien común, pues:

“dado que el derecho a veces se muestra insuficiente debido a la corrupción, se requiere una decisión política presionada por la población. La sociedad, a través de organismos no gubernamentales y asociaciones intermedias, debe obligar a los gobiernos a desarrollar normativas, procedimientos y controles más rigurosos. Si los ciudadanos no controlan al poder político -nacional, regional y municipal-, tampoco es posible un control de los daños ambientales”⁴⁶.

Los gobernantes tienen una gran responsabilidad, pero los problemas de nuestra sociedad no son exclusiva responsabilidad de ellos. No podemos desligarnos del mundo en donde vivimos, la indiferencia es una de las fuentes del mal. No sólo tenemos derechos, sino deberes que nos exigen velar por el bien común preservando al ambiente natural y urbano. Asimismo, la defensa de lo común es responsabilidad de todos, de modo que no basta con unos pocos que cambien sus hábitos, sino que es toda la comunidad la responsable de unirse con miras al bien común. Por lo tanto, este cambio hacia la conformación de *hábitos ecológicos* es la base para poder habitar la ciudad. Toda asociación política siempre debe ser una comunidad de fines compartidos, en la cual podamos desarrollarnos en conjunto, y es cuando logramos vivir en comunidad que podemos sanar la ruptura con el prójimo, y así ver un verdadero cambio, pero ¿qué tipo de cambio? Uno en el cual nuestras vidas se orienten al fin último, en el cual reconozcamos los mismos fines, y en el que nos movilizemos contra las injusticias. Así:

⁴⁴ LS, 222.

⁴⁵ C. LIRA, *Serenidad. La sensibilidad en el daoísmo y Heidegger*, Metales Pesados, Santiago 2019, 68.

⁴⁶ LS, 179.

“un cambio en los estilos de vida podría llegar a ejercer una sana presión sobre los que tienen poder político, económico y social. Es lo que ocurre cuando los movimientos de consumidores logran que dejen de adquirirse ciertos productos y así se vuelvan efectivos para modificar el comportamiento de las empresas, forzándolas a considerar el impacto ambiental y los patrones de producción”⁴⁷.

Ahora bien, sólo recobramos un adecuado orden ecológico al recuperar nuestros tres vínculos con la realidad, los cuales sólo son posibles de alcanzar si aprendemos a *habitar el tiempo*. Para lograr esto debemos considerar tres principios. Primero, un reconocimiento de Dios debido a que tal desconocimiento termina en un materialismo que se refleja en la promoción del momento presente. Segundo, un reconocimiento de la naturaleza de las cosas, pues no podemos saber su finalidad, ni mucho menos cómo orientarlas, si no reflexionamos sobre sus esencias. Tercero, recobrar un sentido de la comunidad, y junto a ello la tradición, ya que sin un reconocimiento de los vínculos que nos unen, no podemos ejercer la presión necesaria para cambiar al *antropocentrismo moderno*. A partir de estos principios es posible establecer una serie de hábitos que nos ayuden a relacionarnos de mejor manera con la Creación y nuestro creador. Permítanme unas últimas palabras sobre estos tres puntos.

6. Conclusiones

Habitar el tiempo significa encontrar el equilibrio entre lo efímero y lo eterno; significa desacelerar los ritmos de vida; significa darle un sentido a nuestra vida; significa reconocerse como parte de una gran comunidad; y significa sobre todo proyectarse hacia la plenitud. El habitar es un modo particular de experimentar la temporalidad, en el cual la persona humana adquiere una consciencia del paso del tiempo, y ordena su intimidad a partir de este conocimiento. Aquí, se reconoce a sí mismo como un ser finito que requiere de la eternidad para sentirse pleno, pues sólo en ella puede comprender la totalidad de su existencia. De este modo, aprender a vivir el tiempo puede ser quizás la mejor alternativa que tenemos hoy en día para recuperar la relación entre las personas, Dios y el mundo. Entender esto nos ayudará, en primer lugar, a no excedernos en el daño que realizamos al medio ambiente. En segundo lugar, a tratar de encontrar un equilibrio entre la necesidad y el cuidado. Por último, a reflexionar sobre nuestros actos y buscar una coherencia entre lo que somos y cómo somos. No obstante, para lograr este cometido hace falta adquirir ciertos *hábitos ecológicos* por los cuales podamos desplegar nuestras facultades en el ritmo adecuado.

Ahora bien, ¿es posible articular una sociedad como la nuestra, que se caracteriza por el consumo desenfrenado, hacia el bien común? A nuestro parecer sí lo es. Basta con recordar a la sabiduría indígena a la cual alude el Santo Padre. Aquí, la buena vida se encuentra en equilibrio con los tres lenguajes que ha perdido el hombre, estos son, “el lenguaje de la cabeza: pensar; el lenguaje del corazón: sentir; el lenguaje de las manos: hacer”⁴⁸. Esta pérdida parece aludir a una crisis en nuestra espiritualidad, de modo que para lograr articular estos lenguajes en nuestras vidas necesitamos adoptar nuevos ritmos, por los cuales podamos desacelerar para así finalmente poder contemplar la verdad. Dicho de otro modo, hay que darse el tiempo para vivir, es decir, para sentir, pensar y hacer. Y si bien esto no significa que tengamos que adoptar

⁴⁷ LS, 206.

⁴⁸ FRANCISCO, *Audiencia a un grupo de expertos que colaboran con la Conferencia de Obispos de Francia sobre el tema de Laudato si'*, <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2020/09/03/confe.html>, citado 28 de mayo 2024.

los mismos rituales y costumbres de las tribus de la Amazonía, sí hay ciertas enseñanzas que debemos adoptar los cristianos de ellas⁴⁹, pues estas pequeñas comunidades parecen saber cómo *habitar el tiempo* por medio de los bienes más simples. Aprendizaje que aún gran parte de nosotros es incapaz de aprehender.

6. Referencias bibliográficas

- AGUSTÍN DE HIPONA, “De Trinitate”, en: Obras completas de San Agustín. Tomo V, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1956.
- AGUSTÍN DE HIPONA, “De genesi ad litteram”, en: Obras completas de San Agustín. Tomo XV, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1969.
- AGUSTÍN DE HIPONA, “De fide et symbolo” en Obras completas de San Agustín. Tomo XXXIX, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1988.
- AGUSTÍN DE HIPONA, “De Natura boni” en Obras completas de San Agustín. Tomo III, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1949.
- AGUSTÍN DE HIPONA, Confesiones, Publicaciones CETA, Iquitos 1986.
- ARISTÓTELES, *Física Libros III-IV*, Editorial Biblos, Buenos Aires 2012.
- BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate*, Ediciones UC, Santiago 2009.
- BENEDICTO XVI, *Audiencia general. La Tradición, comunión en el tiempo*, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2006/documents/hf_ben-xvi_aud_20060426.html, citado 28 de mayo 2024.
- BOFF, L., *Ecología: Grito de la tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid 1996.
- FRANCISCO, *Audiencia a un grupo de expertos que colaboran con la Conferencia de Obispos de Francia sobre el tema de Laudato si'*, <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2020/09/03/confe.html>, citado 28 de mayo 2024.
- FRANCISCO, *Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. El dueño del tiempo*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2013/documents/papa-francesco_20131126_tiempo.html, citado 28 de mayo 2024.
- FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium, sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual*, Ediciones UC, Santiago 2013.
- FRANCISCO, *Lumen Fidei, sobre la Fe*, Ediciones UC, Santiago 2013.
- FRANCISCO, Audiencia general, Catequesis sobre la vejez 16. “Voy a prepararnos un lugar” (cf. Jn 14,2). La vejez, tiempo proyectado hacia el cumplimiento, <https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2022/documents/20220810-udienza-generale.html>, citado 28 de mayo del 2024.
- FRANCISCO, *Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. No somos ni eternos ni efimeros*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2018/documents/papa-francesco-cotidie_20180201_eternos-efimeros.html, citado 28 de mayo 2024.
- FRANCISCO, *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común, Ediciones UC, Santiago 2015.
- FRANCISCO, *Exhortación apostólica Querida Amazonía al pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad*, Ediciones UC, Santiago 2020.

⁴⁹ Cf. FRANCISCO, *Exhortación apostólica Querida Amazonía al pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad*, Ediciones UC, Santiago 2020, 79.

- FRANCISCO, *Fratelli tutti, sobre la fraternidad y amistad social*, Ediciones UC, Santiago 2020.
- FRANCISCO, *Exhortación apostólica Laudate Deum. A todas las personas de buena voluntad, sobre la crisis climática*, Ediciones UC, s/l 2024.
- GAFO, J. (ed.), *Ética y ecología*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1991.
- GIANNINI, H., *La metafísica eres tú. Una reflexión ética sobre la intersubjetividad*, Catalonia, Santiago 2012.
- HAN, B., *El aroma del tiempo. Un Ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Herder, Barcelona 2019.
- HEIDEGGER, M., *El concepto de tiempo (Tratado de 1924)*, Herder, Barcelona 2008.
- HEIDEGGER, M., *Ser y Tiempo*, Editorial Universitaria, Santiago 2015.
- HEIDEGGER, M., “Bauen Wohnen Denken”, en: *Gesamtausgabe. I. Abteilung: Veröffentlichte Schriften 1910-1976. Band 7 Vorträge und Aufsätze*, Vittorio Klostermann, Frankfurt am Main 2000.
- JUAN XXIII, *Mater et Magistra, sobre el reciente desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana*, https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_15051961_mater.html, citado 28 de mayo 2024.
- JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis*, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis.html, citado 28 de mayo 2024.
- LEIBNIZ, G., *Obras filosóficas y científicas, Vol. 18. Correspondencia V*, Editorial Comares, Granada 2016.
- LEÓN XIII, *Rerum Novarum, sobre la situación de los obreros*, https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum.html, citado 28 de mayo 2024.
- LIRA, C., *Serenidad. La sensibilidad en el daoísmo y Heidegger*, Metales Pesados, Santiago 2019.
- MCCLOSKEY, H. J., *Ética y política de la ecología*, Fondo de Cultura Económica, México 1988.
- MASSINI, C. (comp.), *Ecología y filosofía*, Edium, Mendoza 1993.
- NEWTON, I., *Principios matemáticos de la filosofía natural, I. introducción y Libro 1*, Alianza Editorial, Madrid 1987.
- PEÑA, J., *La conjunción una clave antropológica. Unidualidad de la condición humana*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago 2023.
- PÍO XI, *Quadragesimo Anno, sobre la restauración del orden social en perfecta conformidad con la ley evangélica*, https://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19310515_quadragesimo-anno.html, citado 28 de mayo 2024.
- RIVERA, J. - STUVEN, M., *Comentario a Ser y Tiempo de Martin Heidegger. Vol. II. Primera sección*, Ediciones UC, Santiago 2010.
- SCRUTON, R., *Filosofía Verde. Cómo reflexionar seriamente sobre el planeta*, Homo Legens, Madrid 2021.
- TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 2006.
- VERGARA, A. – MENA, M. – BUITRAGO, F. – RIVERA, H. – QUEVEDO, A. – TORRES, J. S. – ROLDÁN, S. – SANTAMARÍA, J. E. – VÁSQUEZ, G., *Teología y Casa Común: reflexiones teológicas en torno a la cuestión ecológica*, Ediciones USTA, Bogotá 2022.

YÁÑEZ, M., *Una NUEVA breve historia del tiempo*, Altazor, Santiago 2021.